

UN DISFRAZ
PARA UNA
Señora

JOSEPHINE LYS

*La Educación
Sentimental*

© Editorial Vestales, 2007

Diseño de cubierta e interiores: Buenaestrella

Lys, Josephine
Un disfraz para una dama, 1ª ed, Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Vestales, 2007.
352 p.; 22 x 15 cm. (La educación sentimental; 8)

ISBN 978-987-1405-03-9

1. Narrativa Española. 2. Novela Romántica. I. Título
CDD A863

ISBN 978-987-1405-03-9

Hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*A mi abuela Carmen, la mujer más valiente y
buena que he conocido.*

A mis padres, que son los mecenas de mis sueños.

*A mis hermanas Chelo, Gema y Carmen, que
siempre están a mi lado.*

A mi tía Chelo, que es como mi segunda madre.

*Y a Fran que me ha enseñado lo hermoso que es
amar.*

Os quiero mucho a todos.

PRÓLOGO



Londres, 1825.

LADY VITTORIA BRIGHT, CONDESA DE KENSINGTON, SE PASEABA por la habitación mientras su doncella preparaba las cosas para la partida de su hija Emma.

—¡Dios mío, Kate! ¿Cómo voy a poder seguir sin mi pequeña?

Nada más salir las palabras de sus labios, acalló mentalmente todo deseo, ahogando el dolor que suponía alejarse de su hija. Sabía que era lo mejor. No quería que el futuro de su pequeña fuera igual que el que le había tocado vivir a ella. Bajo el dominio de un hombre como Andrew Bright, lo más inteligente era mantenerla a distancia.

Kate, su doncella desde hacía diez años, dejó de doblar las pertenencias de Emma para mirar a su señora y amiga.

—Vittoria, te ha costado mucho conseguir que lord Bright acepte dejar marchar a Emma como para dudar ahora.

Vittoria la miró con aire de resignación.

—Lo sé, lo sé. Fue idea mía y no estoy dudando. Sé que si se quedara aquí, podría... Oh, Dios, no quiero ni pensar en lo que podría obligarla a hacer en cuanto se convirtiera en toda una mujer.

Kate se acercó a su señora y la tomó de las manos.

—No te preocupes, lo evitaremos.

—Sí, debes prepararla, Kate. Tú puedes. Instrúyela en tus artes para que cuando llegue el momento en que deba enfrentarse a él, sea capaz de engañarlo.

—Puedes confiar en mí. Le enseñaré todo lo que sé.

Vittoria dejó escapar un suspiro como si se hubiese quitado un gran pesar de encima.

—Gracias, Kate. Siempre te estaré agradecida.

—No debes decir eso. Sabes que quiero a Emma como si fuese mi propia hija. Haría cualquier cosa por ella.

Vittoria sonrió al escuchar las conmovedoras palabras de su doncella.

—Cuando esté lejos de mí, ¿podrías recordarle cuánto la quiero?

—Vittoria, ella ya lo sabe.

—Sí, pero no sé cuánto tiempo pasará fuera y es tan pequeña... No quiero que me olvide. ¿Se lo dirás?

—Todos los días —sentenció Kate.

—Gracias.

Vittoria respiró hondo para alejar las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos.

—Voy a ir a verla. Termina de empacar sus cosas. No te olvides de meter a Hezel en su maleta.

Hezel era la muñeca de trapo de Emma. Vittoria se la había hecho cuando su hija tenía tan solo dos años, y desde entonces la pequeña no se había separado de ella.

—Sí, desde luego —dijo Kate con una sonrisa en los labios—. No me gustaría tener que volver por ella desde Italia.

Kate vio como Vittoria desaparecía por la puerta del dormitorio de Emma. Le hubiese gustado poder ayudarla más. Haberla sacado de aquel infierno que era su matrimonio y devolverle así parte de lo que había hecho por ella, pero eso era imposible. Vittoria Bright le había tendido una mano cuando más lo había necesitado. Diez años atrás, cuando un accidente le dejó visibles secuelas, se encontró con que la carrera que tanto esfuerzo le había costado construir se desvanecía sin poder evitarlo. Toda la fama que había conseguido con su arte, como

actriz del Drury Lane, no le sirvió de nada y acabó prácticamente en la calle. Eso la condujo a frecuentar la compañía de personas de dudosa reputación.

Vittoria la conoció cuando estaba a punto de cruzar la línea. Lady Bright, que siempre había sido una gran amante del teatro y de los clásicos, la reconoció cuando ella se disponía a servir de cebo para robar a la duquesa de Winchester. La salvó de cometer esa estupidez ofreciéndole un trabajo como su doncella personal. Con el tiempo, no solo le concedió eso, sino también su más sincera amistad. Le dio una lección, a ella, que pensaba que lo había visto todo. Le enseñó que todavía quedaban personas nobles y de buen corazón, capaces de preocuparse por los otros sin esperar nada a cambio. En el mundo en el que ella había vivido, aquello era prácticamente impensable.

Vittoria se acercó a la pequeña cama con dosel situada bajo la ventana del cuarto de Emma. Sonrió al recordar como su hija había suplicado que la colocaran allí para poder ver las estrellas durante la noche. En Londres aquello era bastante difícil, pero a Emma eso no le importaba. ¡Cómo iba a echarla de menos!

Sabía que su hija estaría bien. Su hermana Francesca, la única pariente que le quedaba, la cuidaría como a una reina.

Francesca siempre había sido como un soplo de aire fresco. Impulsiva y rebelde, había hecho que su infancia estuviese cargada de risas y maravillosos recuerdos. Con la muerte de sus padres, se convirtió en el pilar en que apoyarse y el hombro en el que llorar. Después Vittoria conoció a Andrew y no volvió a verla. Le daba demasiada vergüenza que su hermana descubriera la clase de mujer en la que se había convertido. Ahora tendría que enterarse de su historia, aunque no de sus labios, pero con solo saber que su pequeña estaría a salvo se sentía compensada con creces por ese pesar que la inundaba cada vez que imaginaba la reacción de Francesca al enterarse de cómo había sido su vida.

—¡Mamá!

Vittoria se sentó en la cama mientras su hija, aún medio dormida, la llamaba. Con su carita en forma de corazón, era lo más bonito que había visto en la vida. Ese era uno de los motivos que la llevaron a tomar la decisión. Con tan solo cinco años, ya se podía vislumbrar la

belleza de Emma. No tenía dudas de que sería una mujer muy hermosa, y eso, en aquella casa, para su marido, era un arma muy poderosa. No. Su hija no sería una marioneta, ni una furcia. ¡Jamás! Antes tendría que pasar por encima de ella.

—¿Mamá, eres tú?

Emma se frotó los ojos con los puños cerrados intentando salir de su letargo.

Sus rizos de color rojo como el fuego se movieron al girarse hacia su madre.

—Sí, cariño, estoy aquí.

Emma la miró con sus enormes ojos verdes.

—¿Ya es de día, mamá?

—No preciosa, pero no falta mucho.

—¿Hoy es cuando vamos a ver el mar?

—Sí —le contestó con la voz estrangulada por la emoción—.

Hoy verás el mar, tomarás un barco y pronto estarás en casa de tía Francesca.

—¿Y tú no vienes?

—No, mi amor, ya te lo he dicho varias veces. Mamá tiene que quedarse, pero tanto Kate como tu tía estarán contigo.

—¿Pero por qué, mamá?

—Porque debo quedarme, y a tu tía le vendrá bien la compañía de la cosita más dulce que existe.

—Esa soy yo —dijo Emma con una risilla.

—Exacto. Verás lugares nuevos, conocerás a otra gente. Será toda una aventura, y así cuando estemos otra vez juntas tendrás un montón de cosas para contarme.

Emma se arrojó a sus brazos, y le fue prácticamente imposible aguantar el nudo que le atenazaba la garganta.

—Cariño, tengo algo para ti.

—¿Qué cosa?

Vittoria se quitó el colgante que tenía colgado a la altura del corazón y se lo tendió a Emma.

—Mamá, ¿vas a darme tu colgante?

—Sí, para que me veas siempre que tengas ganas.

—Pero eso no puede ser —le dijo Emma frunciendo la naricilla como si su madre hubiese dicho la tontería más grande del mundo.

—Mira.

Vittoria abrió el colgante y quedaron a la vista dos mitades ovales de plata. En una de ellas estaba su retrato en miniatura.

—¿Pero si eres tú!

—Claro, ¿lo ves? Puedes verme cuando lo desees.

—¿Y qué es esto? —le preguntó su hija señalando la otra mitad del colgante.

—Es el escudo de tu padre.

—Pero papá no tiene un trébol en su escudo. Yo lo he visto encima de la chimenea y es un águila.

“Dios”, pensó Vittoria, “¿cómo se le explica a una niña que el que creía su padre no lo es en realidad?”.

—Emma, este es el escudo de tu verdadero papá.

—¿Entonces Andrew no es mi papá?

—No, cariño, pero es un secreto.

—¿Por qué?

—Porque nadie debe saberlo. Solo nosotras.

—¿Kate lo sabe?

—Sí, hija, Kate lo sabe y algún día te contará la historia.

—¿Por qué no me la cuentas tú ahora?

—Porque todavía eres demasiado pequeña para entender ciertas cosas.

—¿Soy mayor mamá, tengo todos estos años! —le dijo Emma levantando la mano con los cinco dedos bien abiertos.

—Sí, mi vida, eres mayor, pero no lo suficiente.

—¿Vendrás a verme, mamá?

—Eso espero.

Vittoria abrazó de nuevo a su hija consciente de que esa esperanza era vana. La besó una y otra vez acurrucándola en su regazo, pidiéndole a Dios que cuidara de ella porque algún día su pequeña tendría que enfrentarse al mismísimo diablo.